

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

*Ensayo de reivindicación del gran estadista cubano, hoy casi olvidado; y cuyo ejemplo admirable de honrado y fecundo optimismo en las graves crisis cubanas de 1857 y 1885 resulta actualmente de tan alto valor.*

(Texti íntegro de la disertación de nuestro compañero José Antonio Ramos, leída el Sábado último ante la "Sociedad de Conferencias" del Instituto).

Señoras y señores:

Además del "Amor"—término mítico primero, místico después y eternamente poético del más esencial, inagotable y poderoso de nuestros instintos—nuestros grandes poetas tuvieron siempre una abundante fuente de inspiración e nel sentimiento de la patria.

Nuestra historia literaria es bien breve. En Zequeira y Rubalcava el sentimiento de la naturaleza circundante comienza a disipar las nieblas de la imitación, hasta entonces reinantes. Heredia es el primer día de sol. Y en su ignición, son sus desdichas de criollo americano combustible no despreciable. Gracias a su sensibilidad—casi mórbida en él, con relación al ambiente en que se formó—las ideas y sentimientos que llevaron a Saco y Poy a sus investigaciones de serena orientación científica, a Varela a su generosa filosofía, y a Del Monte y su grupo al cultivo académico y normal de las artes y las letras, sacudieron y exaltaron en él sus fibras tensas y finísimas de gran poeta. Siempre es innegable que sus mejores obras son aquellas en que el fondo de su inspiración lo constituye el sentimiento de civilidad, de patriotismo.

Plácido, Vélez Herrera, Milanes, Teurbe Tolón, Mendive, Luaces, Fornaris, Zenea, Tejera, Borrero Echeverría, Aurelia Castillo, Martí y Byrne han brillado después, inspirándose siempre, quizá para lo mejor de sus cantos, directa o indirectamente, en estados de alma producidos por la idea de la patria. Tula Avellaneda y Julián del Casal pueden exceptuarse, sin que su excepción destruya la regla.

Nuestros grandes poetas, pues, han sido también patriotas. En todo el siglo XIX, apesar de las hondas transformaciones iniciadas con la revolución industrial, los caminos de hierro, el telégrafo, los "Orígenes de las especies" de Darwin, el socialis-

mo utópico de los Owen y los Fourier y Saint Simón; apesar de todo lo que caracteriza ese siglo, germen visible de nuestra historia actual, es evidente que nuestros hombres de letras siguieron empeñados en la ideología y estados de alma del 93, de la Revolución Francesa. Sus versos pueden servir de texto en nuestras escuelas nacionalistas, si es que las tenemos nacionales, por lo menos....

¿Por qué entonces—me preguntaréis quizá—he ido yo a fijarme en la personalidad de Francisco Javier Balmaseda, poeta francamente mediocre, inferior a cualquiera de los que llevo citados?

Me doy cuenta que preparo este trabajo para jóvenes estudiantes, y llevo por delante la idea docente de la ejemplaridad. ¿Por qué escojo la figura de Francisco Javier Balmaseda, patriota tibio quizá, en vez de referirme a alguno de nuestros ardientes poetas revolucionarios?

Vamos a explicarlo, exponiendo al paso lo más importante, quizá, de mi idearium, es decir:

el verdadero objeto de este boceto biográfico.

La transformación iniciada a mediados del siglo pasado, mientras España—uno de los extremos del contraste—se suicidaba lentamente con el opio de sus tradicionalistas, el vino agrio de sus radicales, la heroína de sus "reicos generales": todos los vicios de la mera política verbalista, política de abogados y generales; y los Estados Unidos—el otro extremo del contraste—absorbían con avidez desesperada todos los inventos, todos los empeños humanos característicos de la época del "pioneer-ring", la obsesión exploradora y de reacomodamiento material a que dió impulso la quiebra de la fe en la predestinación de los príncipes: esa transformación que alcanza su última etapa en los cuatro o cinco años anteriores al de 1914, su sangriento cuadro final, es hoy no sólo una realidad indudable, sino un hecho histórico, pasado ya, cuyas consecuencias posteriores estamos palpando.

Si yo me propusiese moralizar simplemente, destacando la importancia de la amor a la patria, cualquiera de nuestros poetas de primera o de segunda línea me habría servido a las mil maravillas.

Ninguno, quizá, entre ellos, me serviría tan cabalmente como creo que Francisco Javier Balmaseda me sirve, para hablaros de una figura de nuestra historia literaria, y a la vez de este mundo nuestro de hoy, tan radicalmente distinto al que nos cantan, si no en sus losos, en sus saudosas elegías y momentos de sueños y de anhelos, nuestros más grandes poetas; José Martí inclusive.

Nació Balmaseda en la entonces villa de Remedios, el año 1823, el 23 de Marzo, mientras Rusia, Prusia y Austria y de una parte, y Francia e Inglaterra de al otra, apesar de la tímida protesta de Canning—porque entonces, señores, Washington se mostraba decididamente contraria al derecho de intervención—se confabulaban para enviar a España un ejército destinado—según la declaración del Rey ante las Cámaras Francesas—'a salvar el trono de España para los descendientes de Enrique IV, y traer ese hermoso reinado a un acuerdo con el resto de Europa' ("Modern Spain" H. Butler Clarke Pág. 66).

Como detalle interesante, y alusión a la tendencia naciente de disparidad entre la Metrópolis y la colonia, quiero consignar que ese mismo año quedó establecida una línea de vapores que hacía el viaje de la Habana a Bahía Honda. En Diciembre del año anterior, y con motivo de las elecciones para diputados, siendo por cierto uno de los conditados el padre Varela, se suscitó una sangrienta reyerta en un colegio electoral de la Habana. Los adversarios se titulaban entonces, en son de bafa, "godos" y "mulatos".

Al final de ese año la reacción se implanta en Cuba para no desaparecer ya jamás completamente, dentro del período colonial. Gaspar Betancourt, "El Lugareño"—tipo representativo de la época—no necesita mucho para convencerse de que es imposible marchar con España, y parte ese mismo año 23 para Centro América, a combinar la emancipación de Cuba con Simón Bolívar. Tres años más tarde los Estados Unidos se oponen a los planes de Bolívar, arrebatando a Cuba su verdadera, su lógica, su sincrónica emancipación.

El egoísmo y la torpeza de los políticos norteamericanos de aquella fecha, habían de origi-

narnos los males sin cuenta de nuestros ochenta años de lucha por la independencia, nuestros vicios y defectos de hoy, todas las consecuencias del anacrónico y criminal coloniaje de la España de Isabel y Don Carlos en esta América, tan lejana de sus ideales y sus luchas...

Balmaseda procede de familia acomodada. Se educa en Cuba, sometido al tierno despotismo de sus abuelos paternos, don Maniel Antonio Balmaseda y doña Elvira Monteagudo; y pronto se revelan en él sus aficiones literarias, sus grandes y generosas ambiciones. A los 12 años estrenó con extraordinario éxito local una comedia, obtuvo el honor de ser colaborador en el "Faro Industrial" de la Habana, y preparó su primer libro "Rimas Cubanas", que publicó más tarde, en 1846. Diego de León, autor de una biografía de Balmaseda inserta a guisa de prólogo en las obras completas de éste—de las cuales sólo se publicó un primer tomo en Cartagena de Indias, el año 1874—dice que a esa fecha Balmaseda tenía escritas "30 comedias, 12 novelas, un extenso tratado de Economía Política y numerosas poesías líricas, romances, etc."

Una ojeada a las efemérides contemporáneas, nos permite ver, casi claramente, el ambiente en que se hace hombre nuestro biografiado.

El año 37 los disputados cubanos son rechazados del Congreso español, con la anuencia de los elementos liberales peninsulares. Tacón gobierna con poderes discrecionales, y los movimientos liberales de Matanzas y Santiago de Cuba son rápidamente sofocados. El lazo histórico con la América libre queda prácticamente roto.

El progreso material, en tanto, se acentúa. En 1833 se inaugura el primer ferrocarril, de la Habana a Güines. La iniciativa del "Lugareño", de más difícil cristalización, es realidad un poco más tarde. José Ramón Betancour, contemporáneo de Balmaseda, nos describe en su novela "Una Feria de la Caridad" el Camagüey de aquellos tiempos. En 1830 unos cómicos, José Bueno y María Sabatini, que recorren la Isla, le estrenan a Manuel Justo Rubalcaba su drama "La muerte de Judas". Y en 1838, en el Teatro Tacón, se representan varias obras de autores locales, "Guillermo", de J. M. Andueza, "Don Pedro de Castilla", de Francisco Foxá, y "El Conde Alarcos", de Mila-

nés, entre otros menos importantes. El año 40 pasa por la Habana Mercedes Santa Cruz, Condesa de Merlin, y se la recibe en casa de D. José Ricardo O'Farrell con una fiesta de la que se habla en toda la Isla durante mucho tiempo. De las tertulias de don Domingo Delmonte se habla también en todo grupo de gente joven y culta, y en todas las ciudades importantes se publican diarios y revistas plagadas de ensayos literarios. La rota trágica de ese período la dio O'Donnell, que en 1844, siendo Gobernador General de Cuba dispone una verdadera hecatombe de esclavos. En la salvaje carnicería se mezclan peculados y engocios que repugna descubrir. Los dueños de esclavos, en efecto, que sabían entenderse con las llamadas "Comisiones Militares", comprándolas, salvaban la vida de sus esclavos al defender sus intereses. Así, en esos manejos inverosímiles, donde la vida de cientos de seres humanos era lo de menos, murió fusilado Gabriel de la Concepción Valdés.

Los más exaltados, entre tanto, inútil es añadir que no permanecían cruzados de brazos. El "Lugareño", Cirilo Villaverde, Morrillos, Ramón de Palma, Cristóbal Madán, apesar de la inesperada oposición de José Antonio Saco, el ilustre desterrado, trabajan por la incorporación de Cuba a la gran idea política que eran entonces lo que hoy llamamos Estados Unidos de Norte América. La anexión de entonces no puede estimarse por las actuales circunstancias, éstas radicalmente distintas. Era, sencillamente, otra cosa. Ojalá me fuese dado explicarla aquí.

Pero volvamos a nuestro Balmaseda. Hombre laborioso y de paz, la oposición de Saco a las ideas revolucionarias, su contacto diario con las manadas de esclavos, a quienes compadecía, pero reconociendo su incapacidad para entender la libertad; y últimamente, los fracasos de las expediciones de Narciso López, y el de la formidable conspiración de Ramón Pintó, en la que me parece muy difícil no se hallase él comprometido: todo en nuestra vida interior de la Isla debió inclinarlo a aceptar la dolorosa realidad colonial. En su resignación, sin embargo, no hay desaliento ni desesperanza. En sus versos de aquella época, tanto los publicados entonces como los que sólo pudieron ver la luz en Cartagena, algunos años después, se advierte la entereza moral del patriota, siem-

pre dispuesto a colaborar en toda empresa de liberación y humanidad. Así en 1866, formando parte del Comité político Central para la elección de los individuos que debían componer la Junta de Información, le sabemos organizando una Sociedad de propietarios de esclavos, según los estatutos de la cual los socios se obligaban a no comprar más esclavos y a considerar libres a todos los nacidos en su propiedad, de madre esclava. De España devolvieron la instancia oficial para el establecimiento de dicha Sociedad con una negativa violenta y agresiva.

"Con la muerte de Estrampes y de Pintó, ejecutados el año 55—dice Collazo en su "Cuba Heroica"—juzgaron tanto Concha como el Gobierno Español hecha la pacificación de la Isla, y muerto el espíritu revolucionario; se celebraron grandes fiestas, se cantaron "Te Deum" en varios puntos, y tuvieron la generosidad de dar un indulto en el año 1856".

"Los altos precios de los azúcares en las zafras de 1855 a 56 y de 1856 a 57—copia ahora de las Memorias del General Concha, segunda época—hicieron que entraran en la Isla grandes sumas de numerario; y aunque se destinó una gran parte a las sociedades de ferro-carriles, y otras de la misma naturaleza, se pensó al mismo tiempo en la formación de nuevas sociedades de crédito, agrícolas, y para otros objetos".

"El interés del dinero, que en épocas bonancibles no bajaba de un 12 por 100 anual, y que en las azarosas subía hasta el 18 y el 24, bajó en los últimos meses de 1856 al 2 y medio por ciento. Esta gran baja del interés no se debió, empero, únicamente a la abundancia de numerario: provino en parte de la poco meditada competencia que se hicieron los establecimientos de crédito, sin tener en cuenta que iban a crear un gran conflicto, con perjuicio de los intereses de los accionistas, y no menos de los generales del país..."

"...la fiebre de especulación aventurera—sigió copiando de la Memoria del General Concha—se había apoderado de los hombres más tímidos, y esa fiebre no se había manifestado únicamente en las transacciones sobre acciones, sino también en las de azúcares, que pasaban hasta terceras y cuartas manos, siempre con un precio su-

perior al que tenían en los mercados extranjeros..."

Estamos hablando, señores, del año 1857...

Y lo repito, porque el cuadro se parece tanto, tanto, al que acabamos todos de ver en nuestro siglo XX, que cuesta algún esfuerzo no creer que se trata de alguna ilusión. He copiado sin embargo señores, textualmente, de la citada Memoria del General Gutiérrez de la Concha.

En este cuadro vamos a buscar a nuestro Francisco Javier Balmaseda. Y comenzaré a dejar explicado por qué me interesó su figura secundaria y modesta en el magnífico cielo estrellado de nuestra breve historia.

"¡Música y gallos!" dicen que decía el General Concha, como un programa eficaz para tener a los cubanos contentos. Con la excepción de Rita Balbín, de Zenea, y de algún otro expatriado, los conspiradores parecían haber renunciado a toda esperanza. Zuzarte primero y el Conde de Pozos Dulces después, alrededor del periódico diario "El Siglo", del cual fue nuestro Balmaseda constante y entusiasta colaborador, volvían a hacerse ilusiones de inteligencia con España, mientras allá en la Metrópolis, Espartero, O'Donnell, Narváez, Bravo Murillo, Istúriz y cien más, seguían la danza interminable de Ministerios, chanchullos y "bravas" de todos los géneros. Durante el ministerio de Narváez, sin embargo, se había celebrado la primera Exposición Agrícola en Madrid, se había fundado la Academia de Ciencias Políticas y Morales, y se preparó un nuevo plan de instrucción pública, que, naturalmente, no se implantó nunca. Llegaron también los ferrocarriles a España, y por un momento se esperó, en ambos mundos españoles, una posible rectificación.

Cuba, en tanto, nadaba en la abundancia. La gran mayoría de sus habitantes, dando la razón al mandarina Concha, se entregaba desenfrenadamente al baile, al juego, a todas las diversiones, licitas e ilícitas. En el Teatro Tacón se oía a Rossini, a Bellini, Donizetti y Verdi por los mejores cantantes del mundo. "Mil alegantes carruajes—describe José María de la Torre en su interesante "Lo que fuimos y lo que somos"—carruajes de todas clases, conduciendo las deidades habaneras, ocupan en forma de cordón el dilatado paseo de Tacón, y después el Isabel II, donde les espera una fila de gallardos jóvenes, sólo para el descosuelo de verlas pasar, fugitivas, cuatro o seis veces..." "La Morena", "La Guabina", "La Beata", "La Cucaracha", tales se llamaban

las canciones favoritas de la época, que nuestras abuelas oían embelesadas, alta dentro de sus malakoffs y enormes corpiños, algunos no pecando de cerrados ni de altos, a juzgar por las viñetas de aquel tiempo... Desde su colegio "El Salvador", D. José de la Luz y Caballero—enhiesto y luminoso como un faro—es quizá la única mirada que en medio de aquella noche horada profundamente el porvenir.

Francisco Javier Balmaseda, espontáneamente, desentendiéndose de las invitaciones de la época a la sensualidad y el dulce far niente, rico e influyente, no siente el pesimismo de los patriotas exaltados, ni el optimismo materialista y ciego de los especuladores. Allá, en su villa natal de Remedios, funda la "Sociedad de Beneficencia Domiciliaria de Señoras", abre una exposición industrial y pecuaria, envía doce jóvenes a las Escuelas Agrícolas de Guignon y Gembleaux, en Bélgica, a estudiar a costa de su peculio particular, ingeniería agrícola; funda escuelas públicas en Guanajive, Taguayabón y Remedios, funda una Biblioteca pública en esta villa, a la que dona 2,000 volúmenes de su propiedad, promueve la fundación del Liceo y la Biblioteca de Cárdenas, funda los periódicos "El Heraldito", "El Porvenir" y otros, emprende una serie considerable de obras públicas, desecación de lagunas, tendido de ferrocarriles, etc. Viene a la Habana, donde es hecho miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País, y durante cinco años, de la Junta de Gobierno de la Casa de Beneficencia y Maternidad. Vuelve a Remedios poco antes de estallar la guerra del 68, y gestionando entre otras cosas para su ciudad natal, la construcción de un teatro, al que aporta el capital necesario y no puede construir por la serie interminable de trámites legales que se oponen a su proyecto, es preso por orden del General Dulce, conducido a bordo del "San Francisco de Borja", con 250 deportados más, y confinado a Fernando Poó.

En todo ese tiempo, Balmaseda no abandonó sus tareas literarias. De 1869 es la primera edición de sus fábulas morales, pero ya se conocían éstas, y Don Pepe las hacía leer a sus discípulos en el Colegio "El Salvador". En 1860, siendo José Ramón Betancourt presidente del Liceo de la Habana, e iniciador del homenaje, concurriré al acto de la coronación de Tula Avellaneda, con D. Felipe Poey, Luisa Pérez de Zambrana, Juan Martínez Villergas, Esteban de J. Borrero y otros. Ricardo del Monte, reseñando la fiesta, dijo, como cualquiera de nosotros diría en estos días

nuestros, si contemplásemos un acto parecido: "—¡Aun hay amor a lo bello en Cuba!"

De esa época son sus comedias "El dinero no es todo", "Sin prudencia todo falta", "Amelia" y "Los montes de oro", esta última una ridiculización de la fiebre de dinero y de lujo que sentía a su alrededor. En sus ediciones posteriores aparecen también varios versos ocasionales, escritos durante esos años.

Y al abandonar su casa de Remedios, el año 69, dejó entre sus papeles varias comedias, quemadas por sus familiares *inpro facto*, para evitarse las torpezas de la policía. En aquellos tiempos no se sabía nunca qué papeles eran los que comprometían, y a lo mejor el borrador de un ensayo de drama, en que algún personaje imaginario se lamentase de su suerte, bastaba para enviar al autor a la cárcel.

Hemos pasado rápidamente más de quince años de su vida. Pero volvamos atrás un momento la atención, y—ya conocido el ambiente—imaginemos a Balmaseda un hombre de 34 años, rico, influyente, vigoroso de cuerpo y de espíritu, en aquella sociedad del año 57, entregada a todos los placeres, viviendo al día; perdida, por los más puros, toda esperanza de regeneración...

La ejemplaridad de su conducta para los jóvenes de hoy, sólo es sobrepajada por la del propio Don José de la Luz Caballero. Si Frías es importante por su propaganda, y Saco, Jorrín, Santacilia, Villaverde y Guiteras laboran fuera de Cuba en pró de la idea nacional, como Poey, Bachiller y otros lo hacen dentro de la Isla, Francisco Javier Balmaseda no sólo contribuye con sus "Fábulas" a la variedad y enriquecimiento de la literatura patria—terreno en el que sólo Luaces, Milanés y Mendive le eclipsan completamente—sino que dedica lo mejor de sus actividades al fomento de la cultura popular, algo en aquella fecha radicalmente descuidado. En sus ideas, conforme a lo que dice en los actos de inauguración de las escuelas que funda, se inicia ya su sana y clarividente visión económica del problema fundamental cubano: la disparidad entre la cultura académica y la cultura industrial y práctica.

Es importante, sin duda, la literatura. Pero nunca, porque la realidad le sea hostil, la literatura debe refugiarse en la torre de marfil, sobre todo en nuestros países, todavía sin verdadera cristalización nacional. Y de poco vale, así mismo, la queja lírica y estéril, aunque sea dicha en bellas estrofas, o en párrafos admirables de viril protesta.

Hay que hacer algo más. Hay que ajustar nuestra vida a las

orientaciones prácticas de la época. Hay que hacernos ruedas útiles en la economía nacional, no meros parásitos, colmados de títulos y honores.

Balmaseda no se entregó al mero cultivo del arte, ni se dejó dominar por el afán de mercantilismo y de lucro de la época, ni se arrellanó en su bienestar para gozar egoísta y sensualmente la existencia. El ejemplo de su cívica laboriosidad, pues, resulta de extraordinario valor para todos nosotros, adolescentes y jóvenes, en estos tiempos nuestros, tan semejantes a los suyos.....

Fracasó la campaña reformista en el resultado afrentoso de la Junta de Información, y la idea revolucionaria volvió a cobrar ímpetu. Sin la unidad necesaria—como lo evidenció enseguida—la Revolución estalló al fin, y a no ser por las funestas divisiones internas, y la incertidumbre y venalidad de la diplomacia y políticos de Norteamérica, la República de Cuba habría sido un hecho antes de la abdicación de Amadeo de Saboya.

Balmaseda, en "Los confinados a Fernando Poó", el mejor de sus libros, publicado en New York a fines del mismo año 1869, nos cuenta no sólo como fué injusta y arbitrariamente arrancado a su hogar, y sometido a los tormentos más terribles, abordo del vapor primero, y en la isla africana después; sino los medios metropolitanos de gobernar a Cuba, y los trabajos y proyectos de los patriotas para librar a la sociedad cubana de su absurda condición política. Como lo demuestra en dicho libro, Balmaseda, aunque ferviente partidario de la emancipación y dignificación de Cuba, quizá no hubiese tomado parte activa en la Revolución. Gracias a la torpe patriotería de los voluntarios, sin embargo, y a su martirio del "San Francisco de Borja", su libro "Los confinados a Fernando Poó" fué uno de los más formidables panfletos de propaganda contra la dominación de España.

Hay párrafos de ese libro que se comparan con el famoso "Mis Prisiones", de Silvio Pellico, otra víctima de la tiranía. La descripción de la toma de carbón que hizo el vapor en la isla de San Vicente, por ejemplo, crispera los nervios mejor disciplinados. Se siente como el polvillo del carbón, penetrando en las jaulas de los prisioneros, se adhiere primero a sus rostros y manos, grasientos y viscosos por el forzado desaseo de los cuarenta y tantos días de viaje... El ténue polvillo se empasta en lo mugriento de sus

trajes, convertidos ya en harapos, y empieza a hacer irrespirable el poco aire de que los pobres prisioneros disponen, hacinados los 250 hombres en las bodegas del buque. Pronto el aire se espesa, el carbón penetra por las narices y por la boca de los más angustiados, y comienzan a caer asfixiados los más viejos y débiles....

El cuadro, que no me atrevo a describir, es espantoso.

"Los confinados a Fernando Poó" está escrito con extrema sencillez, pero las anraciones tienen toda la vivacidad de lo que son: meros recuerdos de recientes hechos. Su sinceridad es evidente, y nada puede prevalecer contra la verdad que en sus páginas exhibe. Así fué de contundente contra la tiranía.

Al año siguiente, 1870, Balmaseda dejó New York y se estableció en el Estado de Bolívar, República de Colombia. Pronto volvió a su generosa actividad de siempre, y allí fundó también escuelas, sociedades de beneficencia, periódicos, todo cuanto pudiera difundir la obra fecunda de la civilización. En 1872 el Presidente de la República, Don Manuel Murillo Toro, le enviaba su carta de naturalización, con expresivas líneas de su puño y letra. Y Rafael Núñez, Presidente más tarde de Colombia, aludía a Balmaseda en un Mensaje a las Cámaras; y refiriéndose a la obra de nuestro compatriota en el Estado de Bolívar, estampaba éstas palabras: "Es fenomenal, en estos tiempos de egoísmo, encontrar un hombre de tan raro interés."

Introdujo en Colombia el cultivo de nuestra caña de azúcar, y la industria sombrerera, trayendo para ello, a su costa, a los especialistas y primeros obreros adiestrados.

En el orden político su influencia fué tanta, que como director de un importante diario, fundado por él, y usando de su enorme prestigio personal y amistades influyentes en Washington y Colombia, evitó un conflicto armado, por cuestión de límites, entre las Repúblicas de Guatemala, Nicaragua y San Salvador, de una parte, y la de Costa Rica de la otra.

Allí mismo, en el estado de Bolívar, realiza una proeza admirable, digna no sólo de exaltación poética, sino de estudio sociológico. Era necesario la construcción de un puente sobre el río Hormigas, y faltaba para ello gente, dinero... ¡todo! Balmaseda reunió a los vecinos, habló una y cien veces ante ellos, y los convenció de la importancia colectiva de la obra. De su peculio aportó los instru-

mentos necesarios, y el pueblo en masa, en sus horas de descanso, canalizó el río, arrancó los cantos, los talló y colocó en su puesto, y terminó el puente. De noche, las mujeres con haces alumbraban el lugar de las obras. Los chiquillos, revolviendo alrededor de sus padres, hacían algo también: animar, por lo menos, el cuadro, con su alegría y su entusiasmo novelesco....

De eso era capaz aquel hombre pequeño, bonachón, mediocre poeta y dueño de una regular fortuna, fatal combinación de facultades y condiciones que parece escapar difícilmente al ridículo, y en Balmaseda se dió, sin embargo, sólo para el Bien, por encima de todos los obstáculos y limitaciones.

En 1882, con el empeño de hacer celebrar un Congreso Internacional Entomológico, sale de Colombia con rumbo a España. Lo decide a ello una terrible plaga de langosta, que arruina materialmente las más ricas provincias colombianas y anula todos sus esfuerzos en pró de la región de Bolívar. Lleva, además, la misión de escribir la historia contemporánea de Colombia, para la cual reúne datos en España, aunque nunca emprende en firme su ejecución.

Balmaseda obtiene en Madrid una acogida cariñosísima. Y otra vez en contacto con los cubanos allí residentes, convencido de que no obtendrá de los gobiernos españoles en pró de su idea resuelve volver a Cuba. Aquí tiene todavía intereses que reclaman con urgencia su atención.

Durante los primeros meses del año—1884—la vuelta de Cánovas al poder, en España, se había señalado entre nosotros por una vuelta más al tornillo letal de la oligarquía. El fenómeno de siempre, la baja del precio del azúcar, había provocado una aguda crisis comercial, y por un momento se pensó en los intereses colectivos. Los mismos elementos integristas proyectaron una Junta Magna, con el fin de solicitar las reformas necesarias al Ministerio de Ultramar, y al darse cuenta del vuelo adquirido por la convocatoria, temerosos—como todos los gobiernos ilegítimos—del resultado de la asamblea, no sólo hubieron de suspenderla, sino que persiguieron a los elementos liberales, justamente interesados en la celebración de la Magna Junta.

Francisco Javier Balmaseda, entró sin vacilaciones en la gran campaña. Su visión del problema, sin embargo, fué más allá del mero favor solicitado del Gobierno, y de la solución inmediata.

"Nada interesa tanto a la Isla—escribió entonces, en el prólogo de su "Tesoro del Agricultor Cubano"—como irse preparando para la transformación agrícola, cuya proximidad se anuncia en todos los hechos que vienen sucediéndose."

Y añadió éstas palabras, que cabe repetir otra vez ahora: "Puede sentarse éste dilema: o se efectúa un cambio en los cultivos, o quedará el país sujeto a frecuentes y ruinosas perturbaciones económicas como la actual..."

Balmaseda escribía esto en 1885. Han transcurrido treinta y siete años, señores.—Cuba ha sufrido grandes transformaciones y sacudidas políticas. Su historia "política"—fijémonos bien—ocuparía páginas sin tasa, si fuéramos a escribirla al detalle. Su historia "económica", sin embargo, es bien breve: económicamente, Cuba sigue siendo lo que fué.

Pues como una demostración de lo aparatosa y vana que es la mera política, aunque incluya transformaciones tan formidables como las que hemos sufrido los cubanos, ahí tenemos esas palabras de Balmaseda, siendo otra vez actualidad: "o se efectúa un gran cambio en los cultivos, en toda la economía nacional cubana, o el país seguirá sujeto a estas crisis tremendas."

Con la diferencia en contra nuestra que la colonia tenía un status político definido, el cual, por efecto de esas crisis, sólo podía evolucionar hacia la separación de España. Y ahora, en nuestro actual status, nominalmente independiente, tales crisis, lejos de contribuir a nuestro afianzamiento como nación dueña de sus destinos, nos someten más y más ignominiosamente cada día no a un gobierno extranjero, sino a algo peor: a las combinaciones bursátiles de cualquier grupo de especuladores, a Wall Street.

Leyendo a Guillermo Graell, un economista catalán que ha demostrado a sus compatriotas el tremendo error de su política verbalista e imbécil desde el tratado de Utrecht, ante el sólido sentido económico—histórico de los pueblos del Norte—los ingleses sobre todo—he caído dolorosamente en la cuenta de nuestra indefensión, de nuestra infelicidad, del sangriento ridículo de nuestro martirio, empeñados como vivimos en hallar por medios y remiendos meramente políticos el equilibrio y la dignidad de vida que sólo se obtienen por una combinación de otros elementos; los básicos, los fundamentales, los que nosotros nos empeñamos en creer que han

de atenderse sólo individual y egoísticamente; con perjuicio, si nos apuran mucho, de los demás... Me refiero a la agricultura, a la industria, a las profesiones, al comercio, a todas las actividades humanas: la cultura intelectual y la poesía inclusivas.

En esto, como en todo, no desmentimos nuestro origen, y tenemos superabundancia de poetas y de grandes hombres, y siempre nos han faltado estadistas, pastores de pueblos, verdaderos directores civilizados, de entraña netamente cubana y amplitud de visión netamente humana, universal.

Francisco Javier Balmaseda fué un hombre mediocre. No lo niego. Con relación a nuestra raza y nuestra historia, fué, sin embargo, un precursor, un hombre extraordinario, un fenómeno raro.

Mejor poeta, hubiera escrito hermosos versos (y sería ahora reverenciado y popularizado).

Mejor patriota—en nuestro sentido belicoso del vocablo—hubiera ido a la guerra, en vez de irse a Colombia. Y sería ahora un héroe guerrero más, al lado de los muchos que tenemos. Sus herederos tendrían una versión, para vivir cómoda, salerosa y esterilmente.

Mejor poeta y mejor patriota, sin embargo, no hubiera conservado esa característica suya, de hombre incansablemente laborioso, de abeja cívica, de trabajador convencido que la mejor manera que tiene el hombre de trabajar para sí y para su felicidad, es combinando su esfuerzo con los de los demás hombres, no tratando de explotar a todos sólo en provecho propio. Se le hubiera recordado como poeta o como general, nunca como lo que fué. El caso de Martí es un argumento concluyente.

Y ¿qué haríamos con un gran poeta más? ¿Qué haríamos con otro general? Las vagas inclinaciones raciales del tratado de Utrecht son hoy dos orientaciones universales e irreconciliables. En nuestra pequeña sociedad tenemos muestras de ambas: a un lado el mercantilismo más grosero e intolerante, el mero negocio, la caza desesperada del dólar; y del otro un idealismo huero y líbresco, una repugnancia ciega por la realidad, una esperanza absurda en la aparición de nuevos hombres providencialmente distintos y mejores...

Pues ambos extremos son, por sí mismos, nulos. Ni la preponderancia actual de la raza anglosajona es definitiva, ni obedece exclusivamente a su industrialismo materialista y agresivo. Por

nuestra parte, nuestro atraso y nuestra indefensión no es resultado exclusivo de nuestro presupuesto idealismo. Que también a su triunfo de ellos contribuyeron y contribuyen formidables idealistas, y en nuestra decadencia nuestros flamantes señores prácticos e industrialistas colaboran también, eficazmente, a la vida, al cabo, no es más que un equilibrio de fuerzas. Y la verdadera realidad, el presente, es sólo el que se vive conscientemente como un punto entre el pasado y el porvenir.

En la manera de vivir, entre aquellas dos tendencias, reside el verdadero estado de gracia, el verdadero triunfo. Huir de las responsabilidades colectivas y refugiarnos en la religión, en el arte, en el deporte, en la monomanía amorosa o en el vicio, ha sido nuestra manera más constante de sustraernos al esfuerzo de vivir.

La vida, sin embargo, marcha de la semilla a la flor: cada vez mayor complejidad y libertad de líneas, y unidad más perfecta y más bella.

Hasta hoy hemos producido mayormente flores preciosas, pero prematuras y efímeras. Si no tratamos de fortalecer nuestras ramas, dejándolas nutrirse bien de la vida integral, de la vida económica del árbol, no sólo no daremos nunca flor ni fruto dignos de nuestras ambiciones, sino que corremos el peligro del anquilosamiento o de la poda.

Y me he extendido tanto, que debo forzosamente daros cuenta del resto de la vida de Balmaseda con suma brevedad.

Vivió en Cuba hasta el estallido de Baire, trabajando y haciendo el bien como siempre: constantemente. Publicó varios libros de poesía y recopilaciones, estrenó comedias en funciones benéficas, hizo nuevas ediciones de sus "Fábulas morales" y colaboró sin cesar en todos los periódicos, sobre diversas materias literarias y científicas.

En 1897, otra vez en Colombia, publicó allí su ensayo de novela histórica "Clementina", la cual se desarrolla en Cuba, por los tiempos de los Gobernadores Vives y Tacón. Reorganizó la Sociedad para la protección de los emigrados cubanos, como durante la guerra de los diez años, y colaboró directa y eficazmente con la Revolución. Sus discursos de esa época, así como del tiempo de su primera estancia en Colombia, no dejan lugar a dudas acerca de su patriotismo, de su ardiente amor a Cuba. Balmaseda no olvidó nunca a su

patria nativa, ni dejó de laborar por Cuba. Ahí están las ediciones colombianas de sus obras, y ahí está su biografía, escrita por el español Sr. Pando y Valle: el hombre que habla siempre en pró de los hermanos en guerra, aun en fiestas oficiales de un país neutral, e inspira los recelos que el biógrafo español exhibe, a pesar suyo, en su trabajo, no es el renegado ni el olvidadizo que algunos podrían ver, equivocadamente, en Balmaseda.

En 1898 aparece otra vez en la Habana. En Diciembre de ese año publicó sus "Bases para los estatutos de la sociedad política Los Amantes de la Libertad", donde aparece quizá desordenadamente, pero con enorme relieve, su gran experiencia política. "Para que una República democrática marche bien— escribe en el Art. III de esas bases—debe mirarse como asunto principalísimo el detenido estudio de la ley de elecciones, para cortar el paso a los fraudes, que traen al ejercicio del poder no a los ciudadanos meritorios, no a las aptitudes, sino a sujetos elegidos por efecto de las imposiciones de los que mandan, o de intrigas y maniobras que anulan la santidad del sufragio, del sufragio que es la base del sistema republicano."

En el Art. 52 de esas bases se establece que los extranjeros "pueden poseer propiedades raíces en la Isla de Cuba... más en cambio de esta facultad se obligarán, en la escritura de adquisición de dichas propiedades rústicas o urbanas, a quedar colocados en la misma condición que los ciudadanos cubanos, para toda reclamación de daños y perjuicios hechos en sus fincas por jefes militares en operaciones, en los casos de trastornos del orden público..."

En otras bases se establecen el jurado, el principio de no reelección, la prohibición de contratar hombres por tiempo y jornal determinado, la gestión de nación favorecida para hacerlo recíprocamente de Cuba y los Estados Unidos; la preferencia para los empleos en las oficinas telegráficas, de correos y archivos, en beneficio de las mujeres solteras cubanas; la imposición de la dependencia femenina para los establecimientos de ropa, quincalla, sedería etc.; la exención de derechos de matrículas, siempre en beneficio de las mujeres cubanas, y la importancia extrema de la Agricultura en la República, disponiéndose la celebración de una fiesta anual de agricultura, con exposiciones y expedientes varios de propaganda. Establecen, así mismo, entre

otras prudentísimas previsiones que sería prolijo enumerar, que los Secretarios de Despacho serían nombrados por la Cámara, a propuesta del Presidente.

La Sociedad "Los Amantes de la Libertad" creo que no pasó de proyecto. La muerte de Calixto García, la desdichada destitución del General Máximo Gómez por la Asamblea del Cerro, y la campaña abierta por la frialdad y la intolerancia racial de los manguoneadores norteamericanos, alejó a Balmaseda de las esferas oficiales. Por el contrario, y para desgracia nuestra, se acercaron demasiado a ellas elementos nada deseables, pero que en vez de haber vivido en Colombia—país de nuestra raza y nuestra historia—habían aprendido a hablar bien el inglés y renegado secretamente de su patria.

"Agobiado por el peso de los años y por males físicos", además, como él mismo declara en el prefacio de las "Bases", fue puesto de lado por la gente joven y animosa, recién llegada de la Revolución. A sus 75 años, que tenía entonces, sería pedirlo demasiado que hubiese conseguido imponerse en aquel herviente período de nuestra iniciación republicana.

Vivió, sin embargo, nueve años más. Publicó una segunda edición de sus "Confines a Fernando Poó", un cuadro histórico-dramático inspirado en la vida de Carlos Manuel de Céspedes, dos ediciones más de sus "Fábulas morales", la segunda de su ensayo "Historia de una iguana"—ésta vez con el título "Los Ebríos", y algunos trabajos periodísticos. Los sucesos del año 1906 amargaron profundamente sus 83 años, y en Febrero siguiente dejó de existir.

He buscado en la prensa habanera de aquella fecha las notas necrológicas que me hubiesen podido dar noticias acerca de los últimos días del gran cubano. El "Diario de la Marina", que debía favores personales y pecuniarios a Balmaseda, publicó una sentida nota, relativamente extensa, los otros "rotativos" unas líneas... Digno de él, nada.

Así desapareció entre nosotros el hombre bueno, rico, sabio y generoso, que en toda su vida dedicó lo mejor de sí mismo a la Belleza y al Bien. Así murió en Cuba uno de los muy pocos hombres, de los verdaderos hombres de Estado, nacidos entre nosotros.

No se dejó descansar, sin embargo, su recuerdo. No ya a su biografía, sino a la historia de su personalidad, corresponde la

mención de un hecho que va a servirme, señores, para dar por terminado este boceto.

Francisco Javier Balmaseda dejó una gran parte de su fortuna dedicada al bien público. La abeja cívica dejó a su muerte los medios de iniciación para otros espíritus desinteresados y generosos como el suyo, para otros espíritus clarividentes sería mejor decir, porque el elemento verdadero y sabiamente práctico es siempre generoso, es siempre una figura que proyecta su sombra hacia el porvenir.

Su última voluntad, sin embargo, fué origen de un pleito. La familia, airada, se volvió contra el cívico testador, y formó contra él una tremenda acusación, digna de la mentalidad y del alma de los acusadores...

Francisco Javier Balmaseda fué acusado de loco.

Y así, no sólo su vida fué—según acabo de demostrarlo—profundamente significativa en nuestra historia. El pleito a que dió origen su último acto de voluntad, viene también a adquirir una significación extraordinaria en el estudio de nuestra sociología cubana contemporánea.

Loco fué considerado al proceder por su familia, porque pensó en su grupo social, en la humanidad, en el hijo espiritual posible, digno de obtener las ventajas de una iniciación feliz, como la que él tuvo en la vida, antes que en sus familiares animales, en sus consanguíneos.

Así pensamos la mayoría de los cubanos, la mayoría de los seres de nuestra raza. Nuestro egoísmo no admite más prolongación que la familia. El padre puede ser ladrón, bebedor, mujeriego, perverso, monstruosamente egoísta, socialmente un recluso, un "chivero", un caralla. Si dá bastante dinero en casa, y a su muerte deja bien a la familia... por lo menos, no está loco. Es un hombre cabal. Y en "la vida privada", como por ahí se dice, no hay derecho público que autorice la sanción social.

Nuestra organización social es de tal modo constituida, que un hombre, para trabajar en provecho propio, encuentra siempre más facilidades que dificultades. No ya el hombre mezquino de es

l'fritu e industrioso, que monta un modesto comercio, y amplía sus negocios y llega a ser rico y poderoso. No ya el joven de familia acomodada que imprime su impulso personal a las ventajas de su cuna, y adquiere un título y ejerce con prudencia y tacto una profesión liberal cualquiera, hasta reunir una cuantiosa fortuna. No ya el hombre de talento natural y grandes ambiciones, que se impone fácilmente a los demás hombres, y por un medio u otro los explota legalmente en provecho suyo, y alcanza en política grandes puestos a costa del servilismo e infelicidad de sus seguidores. No ya el joven dotado con singulares aptitudes para un arte, o para las ciencias, y que obtiene la protección de los poderosos, y su apoyo y hasta su dinero...

Todo hombre, en síntesis, medianamente facultado por la Naturaleza, encuentra siempre entre nosotros medio de trabajar "pro domo sua", con más o menos dificultades, pero invariablemente con el tácito acuerdo de los demás. Su derecho está plenamente reconocido.

Además—que hasta aquí no nos diferenciamos sino en favor nuestro quizás, respecto a otras sociedades y otras razas—el egoísta desenfrenado que sólo piensa en sí, no encuentra entre nosotros una verdadera resistencia. El último cretino puede aspirar a un cargo social o político cualquiera. El último salvaje puede proponerse la conquista de las simpatías de nuestras masas. El último criminal, aunque haya cometido el más nefando de los crímenes, puede contar con el sentimentalismo nuestro, si la ley lo condena a muerte. El último extranjero, rodeado de cierta aureola, alcanza enorme autoridad: significando ésto último, mejor que nada, nuestra falta de análisis de motivos. El que viene de fuera, cuya formación no se conoce, es siempre más autorizado que el nativo, cuya evolución exterior

es la única que se toma en consideración y se discute.

El hombre, en cambio, naturalmente predispuesto a encontrar el mayor aliciente para su vida en la obra colectiva de mejoramiento y progreso, el hombre—prescindamos de adjetivos parciales y elogiosos—pastor nato, criador de grupos o criador de pueblos, como hay criadores de palomas y coleccionistas de objetos de arte, o de monedas, o de sellos; el hombre que no sólo se complace en ver a su mujer cuajada de brillantes, sino que sufre cuando ve al chiquillo del solar, harapiento y vagabundo, que no sólo se complace en vivir un precioso chalet, sino que goza paseando por una espléndida avenida, o un frondoso parque público; el hombre que no sólo quiere ver su acsa limpia y en orden, sino las calles bien trazadas, los edificios artísticos y el javimento liso y limpio; el hombre que gusta de la mesa, el automóvil, el deporte y todo lo demás de este género, pero que también, por aristocracia auténtica del espíritu gusta del buen libro, el buen espectáculo, el concierto, el museo y la solemne fiesta nacional o religiosa, en que su alma se funda con el alma universal, razón abstrusa e inefable de lo mejor y más noble de nuestra existencia... Ese hombre, señores, aunque se haya pasado su vida demostrando la sinceridad e indispensabilidad de sus acciones y pensamientos, aunque haya vivido sólo entre la gente, ensimismado en sus altruistas ideas, perdonando y disimulando la ceguera y la inferioridad de sus semejantes, llevando a cabo su obra constructiva y trascendental en las narices de los demás, apesar de la indiferencia y la estupefacción burlesca e idiota de todos: ese hombre, si supone a su muerte que su caso no es el único, y que otros vendrán que seguirán su ruta, más dignos de su herencia moral y material que unos retoños animales e inconscientes de sus progenitores, ese hombre... ¡está loco!

Así somos, en Cuba como en todas partes, pero especialmente

nosotros, directos descendientes de la raza que hizo de Cristo, figura máxima del instinto mesiánico humano, esa caricatura sangrienta del Quijote.

Aprendamos, apesar de todo, en la vida ejemplar del olvidado prócer. Apesar del estupendo desarrollo material de la Isla, la nación cubana no crece ni se fortifica. Y campañas de moralidades y eticismos no han faltado. Nos sobran entusiasmo y buena fe, nos sobra crítica de lo feo y lo malo, nos sobran impulsos para la regeneración de la República. Cualquiera de vosotros, estudiantes de segunda enseñanza, está al cabo de todo lo refando y repugnante que ofrece nuestra política, de todos los errores del Gobierno, de todos los escándalos y los vicios de nuestra sociedad... Ya, hasta os váis acostumbrando a esos horrores, los vereis mañana con indiferencia, y cuando seáis hombres os parecerá la cosa más fácil del mundo explotarlos en vuestro favor.

Francisco Javier a Balmaseda, el prócer oscuro, del que apenas habéis oído hablar hasta ahora, es toda una reivindicación y una esperanza. El ejemplo de su vida con las doctrinas de su poderosa mentalidad de hombre de Estado, de verdadero director contemporáneo de pueblos, está pidiendo continuadores.

Con la lectura de sus versos, pues, y un momento de entusiasmo, y unos aplausos como los que vais a prodigarme ahora, en vuestro inocente error de creer que a esta tribuna sólo se viene a eso, a provocar aplausos, estáis muy lejos de haber cumplido con Balmaseda... y conmigo.

Bien está la "fulanolatría" en la política, en el deporte, y aun en el arte mal entendido de muchos semi-cultos.

Francisco Javier Balmaseda exige algo más que eso.

Y yo, cariñosa, aunque imperiosamente, os lo exijo.

No basta ser cubano por naturaleza y por sentimiento: hay que aprender a serlo dignamente, fecundamente, humanamente...

Moche -  
Mayo 20/22